

sí el que leyere. Y con el hurtarse del verbo, de la acción, el predominio del sustantivo, con todas las asociaciones que el nombre suscita; asociaciones naturales de ideas afines o evocaciones elípticas tan caprichosas, al parecer, como las transiciones del sueño.

Y en el fondo de todo, sintiendo encima de sí el peso de todo, como lo declara el epílogo, la primera persona gramatical, el yo del escritor, que se expresa por un procedimiento enumerativo, como si para apoderarse de un objeto, para hacerse dueña de una figura, de un alma, conjurara a las potencias invisibles repitiendo el nombre en un raptó lírico desprovisto de afectación; como si en vez de levantarse sobre las cosas, se agazapara detrás de ellas en cada accidente, en cada particularidad distintiva.

*Pueblo* es el libro de un elegíaco. Hasta su lección, tan sabia y tan firme

en lo referente a la acción, es de un elegíaco. Azorín nos da en estas páginas, tan luminosas como siempre lo son las suyas, y ahora, además, leves, etéreas, acaso su máxima capacidad de poeta. El libro deja un recuerdo de poema, y se diría impreso en renglones amplios, de todo el ancho de la caja, por un artificio contrario al que hace a otros escritores fragmentar en renglones desiguales la prosa.

El autor de *Los Pueblos* y el autor de *Pueblo* se dan la mano a través de los días. Aquélla era España en su vida más íntima; ésta es también España, pero no ya en lo particular y característico de una región, ni siquiera de un tiempo. Sale aquí a la superficie para brillar un momento, con brillo de gota de sudor o de lágrima, lo más hondo todavía, lo eternamente humano, igual en todas partes.

E. Díez - C a n e d o

## Páginas escogidas de Azorín

= De *Pueblo*. Novela de los que trabajan y sufren. BIBLIOTECA NUEVA. Madrid =

**Cayado.**—Cayado de pastor; pastor de las montañas alicantinas; bellas montañas desnudas; con un tapiz de olorosas hierbas. Montañas que parecen luminosas. La flor azul del romero; la flor morada del cantueso; la flor amarilla de la retama. Una casa en una ladera; casa de paredes asimétricas; paredes de yeso; techo de tejas curvas negruzcas. Casa frágil, seca en el seco y transparente aire. Casa que no puede ser citada ni reproducida en los libros de arquitectura campestre; no tiene nada de particular; tiene la belleza de las mujeres que son bellas de veras; belleza que no se ve al pronto; pero que poco a poco se va viendo y nos subyuga fuertemente. Cayado de pastor; con su cuento férreo toca las cosas de la montaña; las montañas de Alicante; Aitana, Mongó, Mariola, Peña del Cid, Sierra de Salinas. Aitana, en el fondo, allá lejos, frente al mar. El mar y el peñón de Ifach allí cerca; el peñón de color de carmín y violeta. Transparente en los crepúsculos. Peñón en el mar y cumbre de Aitana en el cielo. Cayado del pastor: regatón que toca las cosas de la montaña. Cosas que toca. Piedra blanca. Roca acerada. Guijarritos de un torrente. Lajas planas y anchas. Tierra. Tierras blancas. Tierras rojizas. Tierras amarillas. Tierras

ocres. Romero. Retama. Tomillo. Cambronerías. Almendro silvestre; almendro que parece fugitivo de los liños de almendros que bordean los blancos ribazos; almendro que ha perdido ya su sentido de ciudadanía en las fragosidades de la montaña. Acebuche u olivo silvestre; olivo compañero del almendro selvático. Plumas de perdiz; plumas enzarzadas en las matas. Pelos de conejo. Pelos que han dejado entre el tomillo, entre el romero, los conejos al pasar. Cascarones de huevo de perdiz. Agua de regato. Agua de un calderón; los calderones u hoyos redondos en la peña; hoyos en que el agua de lluvia, pura, transparente, se conserva durante muchos días; agua que aplaca la sed del pastor, de los cazadores. Un vellón de lana. Nieve, cuando nieva. Granizo, cuando graniza. Escarcha, en las sendas. Rocío, en las plantas. Nido vacío. Trampa de zorra. Cama de liebre. Vivar de conejos. Superficie redonda, brillante, alargada, que se escurre rápidamente, casi antes que la toque el regatón del cayado; que se escurre entre los cambrones. Tronco de pino. Lomo de un perro; blandamente, acariciándolo. Tela urbicular de epeira. Agujero sedoso, guateado, de las arañas llamadas tenizas mineras. Un caracol blanco. Un caracol negro. Una bolsa de orugas procesionarias, en un pino. Un cartucho usado de escopeta. La ceniza y los tizones de una hoguera. Las paredillas de un puesto de perdices. Un avispero. Un panal de abejas silvestres; abejas que, como el almendro y el olivo selváticos, han reivindicado su libertad en la montaña. El cayado que toca con su cuento ferrado todas estas cosas. El cayado en el aire puro y fino de la montaña.

**Capacha.**—Las viejecitas de la capacha están en todas partes; no se sabe de dónde salen; no se sabe dónde

viven; no se sabe cómo viven. Con su capacha siempre; la capacha de palma; colgada al brazo. El traje negro, de un negro desteñido; traje de color de ala de mosca. Encorvadas; andando despacio; como si no quisieran hacer ruido; como si estuvieran velando a un enfermo. En todas partes; en las ventanas; en las callejuelas; en las iglesias; en los pasillos de las casas pobres; en las tiendas pobres. Como si fueran a comprar alguna cosa. Las cosas que compran estas viejecitas. Las cosas que ponen en sus capachas. Impresión de que no compran nada ni ponen nada en sus capachas de palma. Capachas nunca llenas; siempre planas, escurridas. Debe de haber viejecitas de la capacha por los tejados, con los gatos, en las noches de luna. La idea de un gato inseparable de las viejecitas de la capacha; si algo llevan en su capacha es para un gato; un gato fiel y leal—hasta donde pueden serlo los independientes gatos,—que ha acompañado a la viejecita durante largo tiempo de su vida y que ahora es el único testigo de la pasada grandeza. Las viejecitas de la capacha, las que vemos en los bancos de las iglesias, han sido ricas alguna vez; han gozado de un pasable bienestar; han llevado un traje nuevo y de moda. Pero hace tiempo que no tienen nada; no tienen más que su inseparable capacha; no se apartan jamás de su capacha de palma. Los bancos de las iglesias, de las iglesias populares—como San Cayetano, en Madrid—son el lugar en que están más tiempo las viejecitas. El gato espera en casa. Pero ¿dónde está la casa de la viejecita? Toda su casa es esta capacha inseparable de sus personas. Allá en la lejanía de lo pretérito, un hogar tranquilo, apacible; un sueldo o una rentita holgados; las manos que bordan; la sonrisa que responde a otra sonrisa de dicha tranquila. El niño que comienza a andar. Después han pasado los años; el tiempo ha ido haciendo su terrible labor. Como un círculo de soledad y de muerte que se va agrandando; la viejecita está en medio del círculo fatal y se va quedando sola. Ya no conoce a nadie; mejor dicho, ya no la conoce nadie; los pocos que la conocen no quieren conocerla. Los días tristes y monótonos; los días con la capacha colgada del brazo. Ha habido tal vez un tesoro de ternura y de delicados sentimientos en esta anciana; todavía ella podría querer a un niño como nadie sabe querer; todavía podría derrochar tesoros de fidelidad, de lealtad, de cuidados solícitos, en una

### DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos,  
oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

10 a 12 de la mañana  
y de 2 a 5 de la tarde

Contiguo al Teatro Variedades

### BENIGNO CUESTA (Hijo)

Agente en Manizales, Colombia

de los mejores diarios y revistas del país y del extranjero. Revistas de Modas. Máquinas calculadoras de bolsillo marca «Baby», Crema «Favorite» para afeitar sin agua, sin jabón y sin brocha.

Universidad Interamericana de Nueva York de Enseñanza por Correspondencia. Solicite informes y muestras gratis ahora mismo.